

todas las miradas se fijan en él; era el del marqués de Lafayette, y un grito general le proclama comandante. Acto continuo se vota un *Tedum*, y la multitud se dirige á la iglesia de Nuestra Señora.

Los nuevos magistrados, el arzobispo de París y los electores, mezclados con los guardias franceses y los individuos de la milicia, se ponen en marcha cogidos del brazo, y llegan á la antigua catedral dominados por una especie de embriaguez.

En el camino, varios niños expósitos se arrodillaron á los pies de Bailly, que había trabajado mucho en favor de los hospitales, y llamáronle padre, á cuya manifestación correspondió el virtuoso anciano estrechándolos en sus brazos y dándoles el nombre de hijos. Llegada la multitud á la iglesia, celebróse la ceremonia, y cada cual fué á recorrer después la ciudad, donde había sucedido al terror de la víspera una frenética alegría. En aquel momento acababa el pueblo de visitar el antro, por tanto tiempo temido, cuya entrada estaba entonces abierta. Recorrióse la Bastilla con ávida curiosidad y cierta especie de terror; buscábanse instrumentos de suplicio y profundos calabozos; y todos se detenían particularmente ante una enorme piedra situada en el centro de uno de aquéllos, muy lóbrego y húmedo, en el cual estaba fija una gruesa cadena.

La corte, tan ciega en sus alarmas como lo estuvo en su confianza, temía tanto al pueblo, que á cada instante se imaginaba ver á un ejército parisiense marchando contra Versalles. El conde de Artois y la familia de Póignac, tan querida de la reina, marcharon entonces de Francia y fueron los primeros emigrados. Bailly se presentó á dar seguridades al rey, invitándole á ir á París, á lo cual accedió, á pesar de la resistencia de la reina y de la corte.

El rey se dispuso á marchar, habiéndose encargado de acompañarle doscientos diputados, y la reina se despidió de él con profunda pena. Los guardias de corps

le escoltaron hasta Sevres, donde debían esperar su regreso, y Bailly, á la cabeza del Ayuntamiento, le recibió á las puertas de París para presentarle las llaves, ofrecidas en otro tiempo á Enrique IV. «Aquel buen rey, le dijo Bailly, había conquistado á su pueblo, y el pueblo es quien conquista hoy á su rey.» La nación, legisladora en Versalles, estaba armada en París. Al entrar Luis XVI, vióse rodeado por una multitud silenciosa y regimentada, y llegó á la casa Ayuntamiento pasando bajo una bóveda de espadas, que se cruzaban sobre su cabeza como para hacerle los honores. Su discurso fué sencillo y conmovedor: el pueblo, que no podía contenerse más, estalló al fin, colmando al rey de frenéticos aplausos. Estas aclamaciones aliviaron un poco el corazón del príncipe; mas no pudo disimular un movimiento de alegría al distinguir á los guardias de corps, situados en las alturas de Sevres. Al regresar, abrazóle la reina tiernamente, cual si hubiera temido no volver á verle jamás.

Para satisfacer por completo el deseo público, Luis XVI dispuso que volviera Necker, despidiendo á los nuevos ministros. Mr. de Liancourt, amigo del rey y su más útil consejero, fué elegido presidente por la Asamblea: los diputados nobles, que aun asistiendo á las deliberaciones rehusaban siempre tomar parte en ellas, dieron por fin su voto; y así se efectuó la fusión de las clases. Desde aquel momento podía considerarse como consumada la revolución, pues la nación, dueña del poder legislativo por la Asamblea y de la fuerza pública por sí misma, hallábase en estado de realizar en adelante cuanto fuera útil á sus intereses. Rehusando la igualdad del impuesto, habíanse hecho necesarios los Estados Generales; al no admitir una justa distribución de la autoridad en éstos, perdióse toda la influencia, y queriendo por último recobrarla, se sublevó á París, excitando á la nación entera á que se apoderase de la fuerza pública.

### CAPÍTULO III

Ocupaciones de la municipalidad de París.—Lafayette, comandante de la guardia nacional.—Su carácter y papel que representó en la revolución.—Asesinatos de Foulón y de Berthier.—Vuelta de Necker.—Situación y división de los partidos y de sus jefes.—Mirabeau; su carácter, sus proyectos y su genio.—Los forajidos.—Disturbios en las provincias y en los campos.—Noche del 4 de agosto.—Abolición de los derechos feudales y de todos los privilegios.—Declaración de los derechos del hombre.—Debate sobre la constitución y el *veto*.—Agitación en París.—Reunión tumultuosa en el palacio real.

Todo seguía agitándose, sin embargo, en el seno de la capital, donde acababa de establecerse una nueva autoridad. El mismo movimiento que había impulsado á los electores á obrar, impelía á todas las clases á proceder del mismo modo. La Asamblea fué imitada por el Ayuntamiento, y éste por los distritos, y después por las corporaciones. Sastres, zapateros, tahoneros y criados, reunidos en el Louvre, en la plaza de Luis XV y en los Campos Elíseos, deliberaban en forma, á pesar de las reiteradas prohibiciones de la municipalidad. Combatida esta última por los distritos, en medio de tan contrarios movimientos, é inquietada por el palacio real, hallábase rodeada de obstáculos, y apenas podía atender á todos los deberes que le imponía su inmensa administración. Asumía á la vez por sí sola la autoridad civil, la judicial y militar, y en su recinto se hallaba igualmente el cuartel general de la milicia. Los jueces, poco seguros al principio respecto á sus atribuciones, le enviaban sus acusados, pues también tenía la potestad legislativa en el mero hecho de haberse encargado de hacer una constitución. Para este trabajo había pedido Bailly á cada distrito dos comisionados, quienes con el nombre de representantes de aquél debían contribuir á formarla. Á fin de atender á tantos asuntos, los electores formaron diversos comités: uno tomó el nombre de *Comité de indagaciones*, llamóse el otro *Comité de policía*, y un tercero *Comité de subsistencias*, que debía ocuparse del abastecimiento de la ciudad, tarea la más difícil y peligrosa de todas. Bailly se ocupó en ella día y noche: era preciso hacer continuamente compras de trigo, molerle después, y transportarle en seguida á París á través de los campos, llenos de gente hambrienta. Los convoyes eran detenidos á menudo, y necesitábanse numerosos destacamentos para impedir el pillaje en los caminos y mercados. Aunque el Estado vendía los trigos con pérdida para que los panaderos pudieran rebajar el precio del pan, la multitud no estaba satisfecha; era preciso disminuirla siempre, y la escasez de París aumentaba por esta disminución misma, porque la gente del campo acudía presurosa para abastecerse. El temor de que faltase al día siguiente inducía á cada cual á proveerse con abundancia, y lo que se acumulaba en las manos de unos, faltaba necesariamente á los demás. La confianza es la que apresura las operaciones comerciales, la que acelera la llegada de los comestibles, facilitando su distribución por igual; pero

cuando aquélla desaparece, cesa la actividad del comercio; los artículos no se anticipan á las necesidades; éstas se irritan, agregando la confusión á la escasez, é impiden que se pueda distribuir bien lo poco que resta. El servicio de las subsistencias era, pues, el más penoso de todos: Bailly y su comité sufrían los más crueles apuros; su incesante trabajo no bastaba para satisfacer las necesidades del día; y al siguiente se ofrecían las mismas dificultades.

No estaba menos apurado Lafayette, comandante de la milicia urbana. Había incorporado á esta milicia los guardias franceses fieles á la revolución, cierto número de suizos y muchos soldados que desertaban de los regimientos con la esperanza de obtener más paga, pues el rey mismo dió la autorización. Estas tropas reunidas compusieron lo que se llamó *compañías del centro*; la milicia tomó el nombre de *guardia nacional*, vistió uniforme y agregó á los dos colores rojo y azul de la escarapela parisiense, el blanco que era el del rey. Esta fué la escarapela tricolor cuyo destino predijo Lafayette, anunciando que daría la vuelta al mundo.

A la cabeza de estas tropas se esforzó Lafayette durante dos años consecutivos en mantener la tranquilidad pública, haciendo cumplir las leyes que la Asamblea decretaba diariamente.

Lafayette, hijo de una antigua familia que se había conservado pura en medio de la corrupción de los grandes, estaba dotado de un carácter recto y enérgico; y amante de la verdadera gloria, disgustáronle muy pronto las frivolidades de la corte y la pedantesca disciplina de nuestros ejércitos. No ofreciéndole la patria oportunidad de satisfacer sus nobles aspiraciones, resolvió tomar parte en la empresa más gloriosa del siglo, y partió para América al día siguiente de circular por Europa la noticia de que se había sometido. Allí combatió al lado de Washington y contribuyó á la independencia del Nuevo Mundo por la alianza de Francia. Al regresar á su país con una nombradía europea, y recibido en la corte cual si fuese extranjero, mostróse tan sencillo é independiente como un americano. Cuando la filosofía, que no había sido para los nobles más que un pasatiempo de la imaginación, exigió de su parte sacrificios, Lafayette, casi solo, persistió en sus aficiones, pidió los Estados Generales, contribuyó poderosamente á la reunión de las clases, y en recompensa fué nombrado comandante en jefe de la guardia nacional.

Lafayette no tenía las pasiones y el genio que inducen con frecuencia al abuso del poder; dotado de un espíritu recto, de claro ingenio y de un noble desinterés, era principalmente á propósito para desempeñar el papel que las circunstancias le habían asignado, es decir, para hacer cumplir las leyes. Adorado de sus tropas, sin haberlas cautivado por la victoria, tranquilo y sereno, y hallando siempre recursos en medio de los furiosos de la multitud, mantenía el orden con infatigable vigilancia. Los partidos, viendo que era incorruptible, censuraban su destreza, porque no podían criticar su carácter. Sin embargo, no se engañaba al juzgar los acontecimientos y los hombres; no apreciaba á la corte y á los jefes de partido sino en lo que valían; protegíalos con peligro de su vida sin estimarlos, y luchaba á menudo sin esperanza contra las facciones; pero siempre con la insistencia de un hombre que no debe abandonar jamás la cosa pública, aunque ya desconfie de ella.

A pesar de toda su vigilancia, Lafayette no conseguía siempre contener los furiosos populares, pues por activa que sea la fuerza, no puede presentarse en todas partes contra un pueblo que por doquiera está amotinado y ve en cada hombre un enemigo. A cada instante circulaban y apoyábanse los más absurdos rumores: tan pronto se decía que los guardias franceses habían sido envenenados, como que se averiaban expresamente las harinas ó se impedía su llegada. Los que las conducían á la capital, exponiéndose á los mayores peligros, debían comparecer ante un pueblo ciego, que les colmaba de ultrajes ó de insultos, según las disposiciones en que se hallara en el momento. Sin embargo, no cabe duda que el furor del pueblo, que no sabe elegir ni buscar largo tiempo sus víctimas, parecía con frecuencia dirigido por algunos miserables, comprados con oro, como se ha dicho, para agravar los disturbios y ensangrentarlos, ó bien por hombres rencorosos. Foulón y Berthier fueron perseguidos y arrestados cerca de París con una intención evidente: para ellos no hubo de espontáneo más que el furor de la multitud que los asesinó. Foulón, antiguo intendente, hombre de carácter duro y ávido, había cometido horribles exacciones, y fué uno de los ministros designados para reemplazar á Necker y sus colegas. Detenido en Vitry, después de propalar el rumor de su muerte, condujéronle á París, acusándole de haber dicho que era necesario dar de comer heno al pueblo. Pusieronle ortigas en el cuello y un haz de heno en la espalda, y de este modo le llevaron á la casa Ayuntamiento. Berthier de Sauvigny, su yerno, era detenido en el mismo instante en Compiègne, bajo el pretexto de cumplir supuestas órdenes de la municipalidad, que no se habían expedido.

El Ayuntamiento extendió al punto una orden para que se le pusiera en libertad: pero lejos de obedecerla, condujéronle á París en el momento en que Foulón se hallaba en la casa Ayuntamiento expuesto á las iras de los furiosos. El populacho quería matarle; pero como las observaciones de Lafayette le calmaron un poco, consintió en que se juzgase al acusado, aunque exigiendo que se procediera acto continuo para poder disfrutar del espectáculo que ofrecería la ejecución. Eligióse algunos electores para servir de jueces; mas con diversos pretextos rehusaron tan terrible responsabilidad; y por último, designó la multitud á Bailly y Lafa-

ette, quienes se vieron reducidos á la cruel extremidad de entregarse á la ira del populacho ó de sacrificar una víctima. Sin embargo, Lafayette, usando de tanta habilidad como destreza, contemporizaba todavía, y varias veces dirigió la palabra á la multitud con buen éxito; mas el desgraciado Foulón, que estaba á su lado, cometió la imprudencia de aplaudir sus últimas palabras. «¡Ya lo veis, exclamó un testigo, ellos se entienden!» Al oír esto, agítase la multitud y se precipita sobre Foulón; Lafayette hace increíbles esfuerzos para arrancarle de las manos de los asesinos; pero se apoderan de él otra vez, y el infeliz muere ahorcado en un reverbero. En aquel instante llegaba Berthier en un cabriolé, acompañado de varios guardias y perseguido por el pueblo; muéstranle la sangrienta cabeza sin que sospeche que es la de su suegro; después lo conducen á la casa Ayuntamiento, donde pronuncia algunas palabras que demuestran tanto valor como indignación; cogido de nuevo por la multitud, despréndese un momento, se apodera de un arma, y se defiende furiosamente; pero muy pronto sucumbe como el desgraciado Foulón. Estos asesinatos, ocurridos el 22 de julio, fueron aconsejados, sin duda, por enemigos de Foulón ó de la causa pública, pues si el furor del pueblo fué espontáneo al ver á las futuras víctimas, como lo son todos los impulsos, el arresto había sido premeditado. Lafayette, poseído de la más profunda pena é indignación, resolvió dimitir acto continuo; pero Bailly y la municipalidad, atemorizados al oír sus palabras, apresuráronse á suplicarle que desistiese de su proyecto. Entonces se convino que presentase su dimisión para dar á conocer al pueblo su desagrado, aunque accediendo luego á las instancias que no dejarían de hacerle. En efecto, el populacho y la milicia le rodearon, prometiéndole una obediencia pasiva; y entonces volvió á encargarse del mando con aquella condición. Más tarde tuvo la gloria de impedir la mayor parte de los trastornos, gracias á su energía y á la abnegación de sus tropas.

Necker, entretanto, había recibido en Basilea las órdenes del rey y las instancias de la Asamblea. Los Polignac, á quienes había dejado triunfantes en Versalles, y que llegaban fugitivos, fueron los primeros que le dieron á conocer las desgracias de la corte y el favor que le esperaba. El ex ministro, poniéndose en camino inmediatamente, cruzó la Francia, llevado en triunfo por el pueblo, al que, según su costumbre, recomendaba la paz y el orden. El rey recibió á Necker con cierta cortedad y la Asamblea con alegría, y después resolvió dirigirse á París, donde le esperaba también un día de triunfo. El proyecto de Necker era pedir á los electores la gracia y la libertad del barón de Besenval, aunque era su enemigo. Bailly, que no repugnaba menos las medidas de rigor, pero que apreciaba con mejor criterio las circunstancias, le demostró el peligro de semejante medida, haciéndole comprender que este favor, obtenido por un primer impulso, sería anulado al día siguiente como ilegal, porque un cuerpo administrativo no podía hacer gracia. Necker se obstinó, y queriendo probar su influencia en la capital, dirigióse el 30 de julio á la casa Ayuntamiento. El éxito sobrepujo á sus esperanzas y debió creerse todopoderoso al ver los transportes de la multitud. Muy conmovido, y con los ojos llenos de lágrimas, pidió una amnistía general, que fué

concedida al punto en medio de ruidosas aclamaciones. Las dos Asambleas de electores y representantes mostráronse igualmente propicias; la primera decretó la amnistía general, y la segunda dispuso que se dejara en libertad á Besenval. Necker se retiró embriagado con su triunfo, tomando para sí los aplausos que anunciaban

los partidos. Los parlamentos, la nobleza, el clero y la corte, amenazados todos del mismo peligro, habían aunado sus intereses y obraban de concierto. Ya no estaban en la corte ni el conde de Artois ni los Polignac; en la aristocracia reinaba una especie de espanto mezclado de desesperación; y no habiendo podido impedir



Lafayette

su desgracia, pues desde aquel mismo día iba á quedar desengañado; Mirabeau le preparaba una cruel decepción. En la Asamblea y en los distritos se elevó un grito general contra la sensibilidad de Necker, dispensable, según decían, pero hija de un extravío. El distrito del Oratorio, excitado por Mirabeau, á lo que se asegura, fué el primero en reclamar; en todas partes se sostuvo que un cuerpo administrativo no puede condenar ni absolver; revocóse la medida ilegal del Ayuntamiento, y quedó vigente la orden que mandaba detener al barón de Besenval. De este modo se cumplía la predicción del sabio Bailly, de la cual no hizo aprecio Necker.

En aquel momento comenzaban á pronunciarse más

el daño, según le llamaba, deseaba entonces que el pueblo cometiese los mayores desmanes posibles, para obtener el bien por el exceso mismo del mal. Este sistema, mezclado de despecho y de perfidia, que designan con el nombre de pesimismo político, se declara siempre en los partidos cuando han sufrido bastantes pérdidas para renunciar á lo que les resta, con la esperanza de recobrarlo todo. La aristocracia comenzó á emplearle desde entonces, y á menudo se la vió votar con los individuos más violentos del partido del pueblo.

Las circunstancias producen los hombres: el peligro de la nobleza proporcionó un defensor de su causa. El

joven Cazalés, capitán de los dragones de la reina, halló en sí una fuerza de espíritu y una facilidad en el decir inesperadas; lógico y sencillo, exponía rápida y convenientemente cuanto era preciso decir; y debe sentirse que su talento y su rectitud se consagraran á una causa que sólo tuvo algunas razones en su apoyo después de ser perseguida. El clero halló su defensor en el abate Maury: sofista práctico y de inagotable elocuencia, tenía salidas felices y mucha sangre fría; supo resistir con valor el tumulto y audazmente á la misma evidencia: tales eran los medios, los campeones y las disposiciones de la aristocracia.

En cuanto al ministerio, no tenía proyectos ni miras. Necker, odiado de la corte, que le toleraba por obligación, era el único que proyectaba, no un plan, sino la realización de un deseo. Había ambicionado siempre la constitución inglesa, la mejor sin duda que se podía adoptar como acomodamiento entre el trono, la aristocracia y el pueblo; pero esta constitución, propuesta por el obispo de Langres antes del establecimiento de una sola Asamblea, y rehusada por las primeras clases, había llegado á ser imposible. La primera nobleza no quería dos cámaras, porque era una transacción; la nobleza secundaria porque no podía tomar asiento en la alta cámara, y el partido popular porque, temiendo aún á la aristocracia, no quería dejarle la más insignificante influencia.

Sólo algunos diputados, los unos por moderación y los otros porque la idea les era propia, deseaban las instituciones inglesas, constituyendo todo el partido del ministro, partido muy débil en el mero hecho de ofrecer únicamente medidas conciliatorias á las pasiones irritadas, sin oponer á sus adversarios más que razonamientos y ningún medio de acción.

El partido popular comenzaba á dividirse porque vencía. Lally-Tolendal, Mounier, Mallouet y los demás partidarios de Necker, aprobaban cuanto se había hecho hasta entonces porque todo ello conducía al gobierno á la adopción de sus ideas, es decir, á la constitución inglesa; pero juzgando que ya era bastante y reconciliados con el poder, querían detenerse. El partido popular no creía, por el contrario, que se debiera hacer así, y en el club bretón (1) era donde se agitaba con más vehemencia. La convicción sincera parecía ser el móvil del mayor número de sus individuos; pero comenzaban á manifestarse las pretensiones personales, y los impulsos del interés individual sucedieron muy pronto á los del patriotismo. Barnave, joven abogado de Grenoble, dotado de claro ingenio y poseyendo en el más alto grado la facilidad en el decir, formaba con los dos Lameth un triunvirato que interesaba por su juventud y que bien pronto influyó por su actividad y su talento. Duport, aquel joven consejero del Parlamento á quien ya hemos visto figurar, formaba parte de su asociación. Decíase entonces que Duport pensaba todo lo que se debía hacer, que Barnave lo decía y que los Lameth lo ejecutaban. Sin embargo, estos jóvenes diputados, amigos entre sí, no eran aún enemigos pronunciados de nadie.

(1) Este club se formó en los últimos días de junio, y fué designado más tarde con el nombre de *Sociedad de los amigos de la constitución*.

El más audaz de los jefes populares, el que siempre se había adelantado á promover las más atrevidas deliberaciones, era Mirabeau. Las absurdas instituciones de la antigua monarquía habían resentido á los hombres de conciencia recta y de corazón sincero; y no era posible que no hubieran irritado á alguna alma ardiente, excitando violentas pasiones. Esta alma fué la de Mirabeau, que encontrando desde su infancia todos los despotismos, el de su padre, el del gobierno y el de los tribunales, consagró su juventud á combatirlos y odiarlos. Nacido en Provenza, é hijo de una familia noble, dióse á conocer muy pronto por sus desórdenes, sus disputas y su arrebatada elocuencia. Sus viajes, sus observaciones y lo mucho que había leído, le enseñaron todo, y todo lo conservó; pero exagerado, extravagante, y hasta sofista cuando no le dominaba la pasión, convertíase en otro hombre cuando ésta le impulsaba. Excitado muy pronto por la tribuna y la presencia de sus opositores, exaltábase en breve su imaginación; sus ideas eran al principio confusas, sus palabras entrecortadas, y estremecíase todo su cuerpo; pero al poco rato parecía iluminarle la luz, y entonces concebía su espíritu en un instante lo que otro hombre no hubiera pensado en varios años. En la tribuna misma parecía adivinarlo todo; expresábase viva y rápidamente; si le contradecían, insistía luego de una manera más explícita, y presentaba la verdad con imágenes asombrosas ó terribles. Si se trataba de algún caso difícil, y cuando los ánimos parecían fatigados por una larga discusión ó intimidados por el peligro, bastaba que de su boca se escapase un grito ó una palabra decisiva, que se contemplara su rostro, tan imponente por su fealdad, como por el genio que revelaba la expresión de sus ojos, para que la Asamblea cobrase ánimo y dictase leyes, adoptando resoluciones magnánimas.

Orgullosa con sus altas cualidades, burlándose de sus vicios, tan pronto altanero como sencillo, seducía á los unos con sus halagos, intimidando á los otros con sus sarcasmos, y atraía á todos á sí por una fuerza singular é irresistible. Su partido estaba en todas partes, en el pueblo, en la Asamblea, en la corte misma, entre todos aquellos á quienes se dirigía en el momento. Mezclándose familiarmente con los hombres, y justo cuando era preciso serlo, había aplaudido el talento naciente de Barnave, aunque no quería á sus jóvenes amigos; apreciaba el espíritu profundo de Sieyès, elogiando su indómito carácter; veía en Lafayette un alma demasiado pura; y detestaba á Necker por su extremo rigorismo, por su orgullosa inteligencia, y por sus pretensiones de gobernar una revolución de la cual se consideraba como el autor. Apreciaba poco al duque de Orleans, sobre todo á causa de su incierta ambición; y según se verá después, jamás tuvo con él ningún interés común. Solo con su genio, atacaba al despotismo porque había jurado aniquilarle; pero si rechazaba las vanidades de la monarquía, menos deseaba aún el ostracismo de las repúblicas. Sin embargo, no considerándose suficientemente vengado de los grandes y del poder, continuaba en ellos su obra de exterminio. Acosado por otra parte de continuas necesidades, y descontento del presente, avanzaba hacia un porvenir desconocido, haciéndolo temer todo de su talento, de su ambición, de sus vicios, del mal estado de su fortuna, y autorizan-

do por el cinismo de sus palabras todas las sospechas y las calumnias de que fué objeto.

Así se dividían la Francia y los partidos. Las primeras desavenencias entre los diputados populares se suscitaron con motivo de los excesos de la multitud. Mounier y Lally-Tolendal proponían que se diera al pueblo una proclama solemne, desaprobando sus desórdenes;

en todas partes, y á los pocos días, la Francia entera está sobre las armas, esperando á los forajidos, que no llegan. Esta estratagema, que generalizó la revolución del 14 de julio, promoviendo el armamento de la nación, se atribuyó entonces á todos los partidos; y después más particularmente al popular, que fué el que obtuvo sus resultados. Es de extrañar que se hayan



El abate Maury

la Asamblea, reconociendo la inutilidad de este medio y la necesidad de no indisponerse con la multitud, que la había apoyado, se opuso al pronto; pero cediendo después á las instancias de algunos de sus individuos, concluyó por dar una proclama, que, como había previsto, fué del todo inútil, porque no se aplaca con palabras á un pueblo sublevado.

General era la agitación, cuando de pronto cundió una noticia que sembró el espanto: hablábase de los forajidos, á quienes se había visto en los diversos motines, y cuya imagen se representaban todos con terror.

La corte culpaba de sus atropellos al partido popular, y éste á la corte. Salen de pronto correos de todas partes, y atravesando la Francia en distintas direcciones, anuncian que van á llegar los forajidos, y que talan y destrozan las mieses antes de su madurez. Reúñense

echado así en cara la responsabilidad de una estratagema más ingeniosa que culpable. Atribuyéronla á Mirabeau, á quien hubiera halagado ser su autor, y que sin embargo se ha sincerado de ella. Cuadraba más bien al carácter y espíritu de Sieyès, y algunos han creído que éste sugirió la idea al duque de Orleans. Otros han culpado á la corte, teniendo en cuenta que estos correos hubieran sido detenidos á cada paso á no mediar el consentimiento del gobierno; y que la corte, no creyendo jamás generalizada la revolución, y considerándola como una simple asonada de los parisienses, había querido armar á las provincias para atajarla. Como quiera que sea, este medio fué provechoso para la nación, porque la puso sobre las armas y en estado de velar por su seguridad y sus derechos.

Los habitantes de las ciudades habían sacudido sus cadenas, y los de la campiña querían imitarles. Rehusa-